PRIMER PLANO///

Suplemento de cultura de Página/12

Editor: Tomás Eloy Martínez

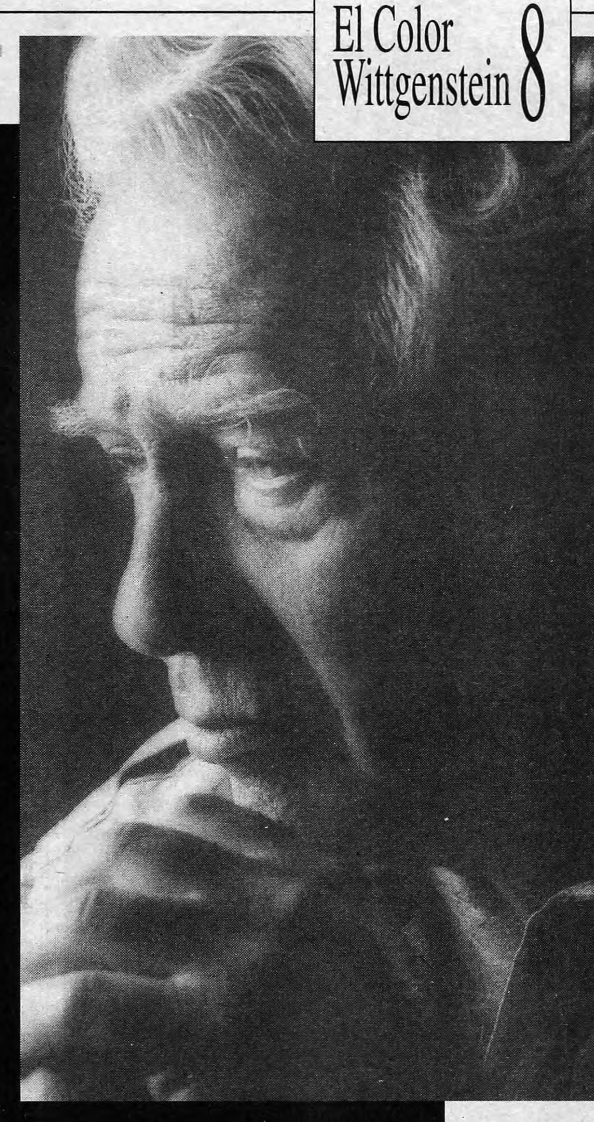
Charlotte von Mahlsdorf: La Memoria Travestida *por Rosa Pereda* 5

El Color Wittgenstein 8

NORMAN MAILER ATACA DE NUEVO

EL FANTASMA DE OSWALD

Especialista en la investigación y escritura de personajes de la nueva mitología norteamericana como Cassius Clay, Marilyn Monroe y Gary Gilmore, Norman Mailer –polémico león de las letras de su país– se dedica ahora al retrato del supuesto magnicida Lee Harvey Oswald. Después de “El fantasma de Harlot”, su monumental novela sobre la CIA –que finalizaba con el asesinato de John Fitzgerald Kennedy en Dallas–, no es casual que Norman Mailer intente con “La historia de Oswald: un misterio americano”, otro difícil round dentro de su combate literario enfrentándose ahora con la sombra acusada de haber hecho trizas el Gran Sueño Estadounidense. Un adelanto del libro en las páginas 2, 3 y 4 de este suplemento



Millones de documentos que parecían inaccesibles han quedado al alcance de los investigadores después de la caída de la Unión Soviética. Para descifrar los enigmas de Lee Harvey Oswald, Norman Mailer y Laurence Schiller –quienes ya trabajaron juntos en "La canción del verdugo"– indagaron en los archivos de la KGB y entrevistaron en Minsk y Moscú a viejos amigos del asesino de Kennedy. Estas páginas transcriben un fragmento del libro "La historia de Oswald: Un misterio americano", que Mailer dará a conocer en Nueva York a mediados de mayo. El capítulo refiere una historia de amor y desamor de Oswald y Marina, su esposa rusa.

UN MISTERIO

NORMAN MAILER

Marzo 17:

Fui a un baile en un sindicato, aburrido, pero hacia el final me presentaron a una chica con un peinado estilo francés y un vestido rojo con zapatos blancos sin taco. Bailo con ella, me ofrezco a acompañarla hasta su casa. La acompaño, junto con otros cinco admiradores (...) Nos caímos bien el uno al otro en seguida.

Del testimonio ante la Comisión Warren, febrero de 1964:

Rankin: ¿Dónde lo conoció?

Marina Oswald: En el Palacio de los Sindicatos.

Rankin: ¿Qué clase de lugar es?

Marina Oswald: A veces se hacen reuniones allí. A veces se alquila a instituciones que no tienen su espacio propio para hacer fiestas... Yo había llegado con mis amigos del Instituto Médico, y uno de ellos me presentó a Lee...

Rankin: ¿Sabía usted que Lee Oswald era norteamericano? ¿Le importaba que lo fuera?

Marina Oswald: Era más interesante, desde luego. No es frecuente conocer norteamericanos.

De un racconto de su vida preparado por Marina para el F.B.I.:

Lee me gustó de inmediato. Era muy cortés y considerado, y sentía que a él también le gustaba yo. (...) Recuerdo que tenía puesto mi vestido preferido, hecho de brocato rojo de China (que después le gustó mucho a Lee) y me había arreglado el pelo à la Brigitte Bardot. Esa noche hasta yo me veía atractiva. Bueno, quizá suene fanfarrón, pero escribo lo que siento...

Salimos solos a la calle por unos momentos; Lee me preguntó cuándo y dónde me podía volver a ver. Le dije que tal vez iba a volver a los bailes que se realizaban en el lugar donde nos conocimos, pero no le hice ninguna promesa concreta. Pero una semana después fui a bailar con un amigo, y Lee estaba allí. Esa noche volvió conmigo a casa y le presenté a mi tía. A mi tía le gustaron su modestia y su amabilidad, y también que luciera tan prolijo. Muerta de risa, me dijo que en mi colección sólo faltaba un norteamericano.

En los meses anteriores a su encuentro con Alik, ella mantenía varios romances y había estado muy asustada. De todos modos, podía sentir su poder sobre los hombres. Desde luego era fácil enamorarse, y ella buscaba el amor. Estaba enamorada del amor. A los dieciocho años las hormonas piensan por uno. Uno es un ciervo joven y orgulloso que se encuentra con gente y se enamora porque lo está buscando. Uno es atractivo porque sabe abrir la puerta, es un galante; otro porque ama con todo el corazón. Ella quería de un hombre que fuera romántico y trabajador, que fuera excelente, simpático y que la amara. Pero ahí estaba Anatoly, siempre. El le hacía dar vueltas la cabeza. Con sólo un beso. Lo que se aprende es que nadie está allí para darle a uno todo lo que necesita.

Ella no quería hablar de sus experiencias. Catalina la Grande había tenido un montón de amantes y no se la consideraba mal; eso no significaba que Marina tuviera montones, no, no era eso lo que decía. Solamente no quería hablar de sexo. Todo el mundo se interesaba en lo malo, luego te ponían por el suelo. No era que hubiera hecho algo de lo que avergonzarse, algo horriblemente malo, pero ella sabía cuando llegó a Minsk por primera vez que quizá iba a necesitar un consejo. Porque no tenía mucha experiencia. Tal vez los hombres pensaran de ella que era algo que ella no era.

Alik había tratado de intimar con ella cuando lo volvió a ver en el Trade Union Palace ocho días más tarde, un sábado a la noche. Esa noche ella lo llevó a conocer a la tía Valya, porque Ilya, el tío, no estaba.

El había querido que ella le armara una cama donde dormir. Quiso hacerle creer que era demasiado tarde para los colectivos, así que ¿no podía acostarse en algún lado? Debe haber supuesto que era una cualquiera. Lo mandó a su casa. Podía irse caminando, le dijo. Pero no estaba realmente enojada. Después de todo, esa primera noche, cuando llevaba puesto el vestido rojo, ella insistió en que todos se trasladaran a un bar para tomar champagne. Ahora, mirando hacia atrás, tan atrás, diría que Lee la había intrigado. El examinaba la vida más profundamente; si hubiera sido otro Vanya tonto, otro tonto trabajador, nunca hubiera aceptado salir con él. Ella respetaba mucho a los obreros. "Pero no vas a salir con Vanya. Porque, ¿de qué vas a hablar con un hombre así? Pellizcan abiertamente a las mujeres, son tan vulgares. Mejor mantenerse alejada. Nada de obreros, gracias. Tratá de juntarte con alguien de clase superior a la tuya. Aún si venís del medio de la nada." No era su deseo retroceder. Lee trabajaba en una fábrica pero examinaba la vida profundamente. Ciertamente no era sólo su interés por la política. La abuela de ella le había hablado de la política: No te mezcles y no te vas a ensuciar. De todos modos, cuando uno crece, aun si no quiere pertenecer a ningún grupo político, empieza a interesarse en cómo suceden las cosas, y Lee era parte de un grupo formado por amigos de ella que estaban interesados en cómo funcionaba este mundo.

Después de esa noche que lo envió caminando de vuelta a su casa, él la citó para la semana siguiente. Pero días más tarde la tía Valya anunció: "¿A que no sabés qué? Llamó tu norteamericano". Era imposible. El estaba enfermo, varado en un hospital de las afueras de Minsk. A Marina no le preocupaba demasiado. Si cuando él llamó para avisarle a Valya que estaba enfermo, ella había salido con Anatoly. Lee le gustaba, pero no lo consideraba algo serio. Era, más bien, algo para una noche vacía.

Y ahora tenía una infección lo suficientemente difícil como para enviarlo al hospital. Había tenido infecciones en los oídos desde chico, le contó luego a ella, y una operación del mastoideo en su niñez.

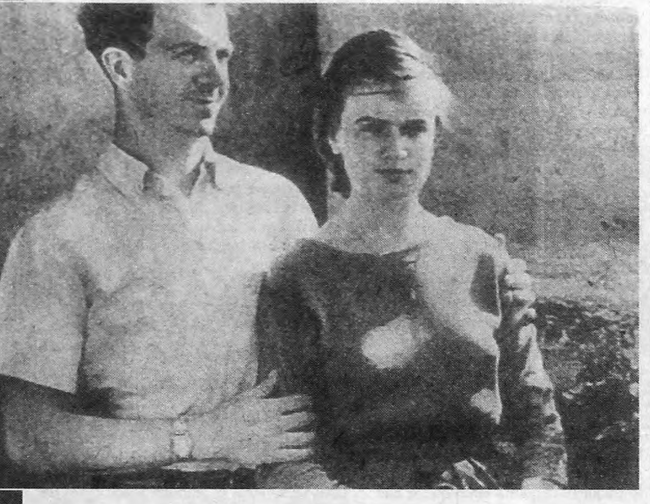
Valya le dijo: "¿Por qué no vas a visitarlo? No tiene a nadie acá, y es la Pascua rusa". Valya le dijo: "Estoy seguro de que en Estados Unidos también tienen Pascua. Sería lindo de tu parte, y conmovedor". Valya puso unas masitas en un plato y se las extendió a Marina: "Mostrale que los rusos tenemos corazón".

Cuando finalmente llegó al hospital –tras un largo viaje en tranvía– él se alegró mucho de verla. No esperaba su visita. ¡Qué mala opinión debe haber tenido de ella! Pero estaba tan contento de que ella le hubiera llevado damascos en lata. Le dijo que eran su postre favorito. Su intuición debía haberla iluminado.

Fue algo triste, de todos modos. El realmente parecía enfermo y hasta su sonrisa estaba pálida. Ahora no podría decir si le gustaba físicamente. Rato después, durante la visita, él la besó (después de pedir permiso) pero ella no reaccionó ante ese primer beso, tampoco. Había un sentimiento negativo, como una advertencia para que terminara todo ahí. Ella se preguntó: ¿Quiero que esto siga adelante? Nunca había pensado en esos términos, pero un primer beso puede significar mucho. ¿Realmente quería conocerlo más? Quizá no. Y sin embargo seguía sintiendo cierta curiosidad. Y él era tan gentil. Ella recuerda que su beso no fue simplemente un roce entre los labios, gracias por haber venido, no: reveló sus expectativas. Pero él no olía como un ruso. Ni siquiera olía como un enfermo internado en un hospital. Su piel te-



Foto de Marina Oswald, poco después del 22 de noviembre de 1963



El matrimonio Oswald en Moscú, año 1961. Lee Harvey Oswald tenía 22 años y una ansiada visa definitiva para vivir en Rusia. Marina era una belleza soviética de 19 años y estudiaba farmacología.

AMERICANO

nía un olor raro. Podía estar sepultado por un montón de aromas, pero subsistía un olor básico. Besarlo le produjo esa reacción negativa. El no olía a aire puro y sol.

Más tarde terminaría por acostumbrarse a ese aroma de su cuerpo. Seguía ahí, pero ella lo aceptaba. Si se ama a un hombre, se le acepta todo.

Era divertido. Después de trabajar iba a visitarlo, todos los días. La dejaban entrar cuando nadie más podía. Los días de visita eran sólo los domingos, pero ella llevaba el uniforme blanco de la farmacia del Tercer Hospital Clínico, donde trabajaba, así que no tenía problemas.

Todavía no lo amaba, pero ciertamente sentía lástima por él. Estaba tan solo. Ella podía entender eso. La soledad es un acompañante diario de mucha gente, pero no es buena compañía. Y Valya también le tenía lástima.

Estando aún en el hospital le dijo a Marina que quería comprometerse con ella para que no viera a ningún otro. "Se lo prometí, pero no lo tomé en serio". No amaba a Lee, aún no. Solamente le tenía pena. De todos modos era un norteamericano: no se le dice que no a un norteamericano que se quiere comprometer. Al menos no enseguida.

El día que salió del Cuarto Hospital Clínico, Valya lo llevó a comer con su esposo, el tío Ilya, un teniente coronel del Ministerio de Asuntos Internos, el M.V.D.

A ella le gustó el modo en que Alik se las arreglaba con el tío. Muy digno. Le dijo a Ilya que había ido a Rusia a vivir allí para siempre. Quería trabajar duro. Ilya le dijo qué bueno, que si así era, él mismo, Ilya, podía ayudarlo a organizar su vida. Y Marina advertía que si Valya pensaba sí, podrían guiarlo un poquito, porque Alik no conoce a nadie en Minsk y lo pueden tratar mal.

El conquistó a Valya. Era muy tierno. Luego de la cena besó a Valya y le dijo: "Gracias, la comida fue estupenda". Bueno, eso fue todo, pero lo dijo de una forma muy simpática.

Después de comer Ilya dijo: "Cuidá bien a esta chica. Tiene muchos pájaros en la cabeza". ¿No fue horrible que dijera eso? Ella no estaba loca. Le hubiera gustado tener pájaros en la cabeza –por cierto, le gustaba divertirse– pero siempre se sentía responsable, o con cargo de conciencia. Quizá, desde el punto de vista de Ilya, era que esta semana le gustaba un tipo, otro la siguiente, otro la subsiguiente. Pero Marina le decía: "Todavía estoy buscando. Conocí a alguien. Es un tarado, me saca a cenar y quiere que pague yo. O todo el tiempo se está aclarando la garganta, porque es un cantante de ópera. Eso fue lo que estuvo haciendo toda la noche mi cantante de ópera". En efecto, ella había conocido a uno y había salido con él. "Tenía un casimir precioso y una bufanda". Cuando fueron a un restaurante elegido por él ella pensó que iba a conocer a alguna gente de la cultura. Pero el tipo comió su cena y dijo: "Me olvidé la billetera". Y luego: "Pagá vos. Después te doy entradas para mi función". Cuando fue a escucharlo descubrió que era el Soldado 29, oculto en algún sitio del coro, el muy Caruso. Desde luego, tuvo que dejarlo.

No, ella no quería hablar de su noviazgo con Alik. No era tan notable. Todos los noviazgos son lo mismo. El problema con los noviazgos es que nunca se conoce a la otra persona hasta estar casados, hasta estar casados y pasar las primeras veinticuatro horas juntos.

De todos modos, estaba preparada para hablar con otros sobre su noviazgo con Alik. Y las amigas –especialmente Larissa– le daban aliento. Según Larissa, el novio norteamericano no distinguía a Marina de las otras muchachas. Además, tenía un departamento. Cuando Alik invitó a Marina a conocer su casa, la noche de la comida con Ilya y Valya, Marina llegó con unos amigos. La seguridad preservada por el número. Pero Larissa luego habló bien de él. Tenía tan buenos modales.

Sasha Piskalev, un estudiante de Medicina que estaba enamorado de Marina y quería casarse con ella, recuerda esa noche en casa de Alik por lo dolorosa que le resultó. El norteamericano vivía en un gran edificio, pero su departamento no era muy acogedor. Era lo que se llama *kazyonny*, es decir, de burócrata, sin atmósfera hogareña.

Alik hablaba bien el ruso. Con acento y con mala pronunciación, pero podía hablar. Puso la *Primera Sinfonía* de Tchaikovsky y, mientras todos escuchaban, Alik contó la historia de su vida. Había estado en las fuerzas armadas, había servido en Asia, no le gustaba la guerra, no quería ser parte de una. Por eso había decidido ir a vivir a la Unión Soviética, y Moscú lo había enviado a Minsk. Trabajaba "como ingeniero" en la fábrica de radios. Tenían una botella de champagne ruso. A Sasha le cayó bien, aunque era un poco frío, muy equilibrado y carecía de emociones innecesarias. Oswald no fumaba pero disfrutaba de que los otros chuparan sus cigarrillos, o esa impresión le dio a Sasha. Sin embargo, su departamento parecía pobre. "Sucio de restos de metal". Y la mesa era *neotyosanny*, no estaba pulida como corresponde. Las sillas eran ordinarias y por biblioteca había que interpretar un par de estantes de libros apiñados.

Ni Igor ni Stepan reconocerían haberse preocupado por Lee y Marina más que al comienzo. Cuando el romance se precipitó rápidamente hacia el matrimonio, Igor reconoció que dejaron de dormir tranquilos y que se sintieron culpables por no haber tomado alguna medida para evitar que el noviazgo de Oswald y Marina Prusakova floreciera.

Cuando le preguntaron a Igor qué habrían implicado esas medidas, su respuesta fue meditabunda, casi delicada. Había chicas, sugirió, algunas de ellas atractivas, por cierto, por cierto, que en un momento u otro podían ser convocadas por los Organos. Quizás una de ellas podría haber divertido a Oswald. Además se podría haber hecho que Marina se acercara a alguna otra persona, algún hombre muy atractivo con condiciones. Pero no lo hicieron. Y eso les dio a Lee y Marina la posibilidad de comenzar. Luego vino el casamiento, casi sin advertencia previa. Más problemas que enfrentar. ¿Y si a través de Marina se filtraba alguna información hacia Oswald? Eso podía suceder, por el tío de ella, el teniente coronel Prusakov del M.V.D. Para asegurarse contra algo por el estilo se vieron luego en la obligación de ponerse en contacto personalmente con Ilya Prusakov. Durante ese período, en consecuencia, estuvieron bajo una gran tensión, realmente: Stepan no siempre podía dormir bien; tampoco Igor.

Unos tres años más tarde, Marina escribió su versión de esos primeros tiempos con Lee:

Lee tenía un montón de discos de música clásica y le encantaba escucharlos cuando estábamos solos. No le gustaba la compañía ruidosa y más bien solía preferir estar a solas conmigo. Recuerdo una de esas tardes, cuando tomábamos té con masitas y besos. Entonces (perdonen mi vulgaridad, debida a la juventud) el té realmente tenía sabor. Nunca volví a tomar un té como ésos, ni a comer masitas como aquéllas (...) Lee me dijo que quería que nos casáramos y que nos quedáramos allí para siempre. Tenía un departamentito precioso, con una sola habitación... y entrada individual, algo suficiente para una pareja, sobre todo de jóvenes. Le dije que sería esposa (a esa altura ya estaba enamorada de él) pero que tenía que esperar unos meses, porque era un poco incómodo ante la vista de los amigos que nos casáramos tan rápidamente.

Del diario de Oswald:
30 de abril
Después de una demora de siete días en el Registro Matrimonial a causa de mi raro pasaporte, nos dejaron registrarnos como marido y mujer. Dos delas amigas de Marina hicieron de damas de honor. Estamos casados. En la casa de su tía nos hicieron una fiesta, con unas veinte personas entre amigos y vecinos, que nos desearon felicidad (a pesar de mi origen), algo bastante perturbador para cualquier ruso, dado que los extranjeros en la Unión Soviética son contados, inclusive los turistas. Luego de una tarde de comer y beber en la que el tío Wooser comenzó una pelea y un fusible se quemó por la sobrecarga, nos fuimos y caminamos quince minutos hasta casa.

Ahora Marina dice que la razón principal de que se casara era la de encontrar alguien a quien pertenecer y tener una familia. El matrimonio era sagrado. Uno ingresaba en él para toda la vida. Entonces, desde luego, ella quería llegar al matrimonio pura. Desde luego. En Rusia era tradicional que los hombres se casaran con vírgenes, pero ella no sabía cómo interpretar los sentimientos de un norteamericano. Eran una novedad. Tal vez no les importaba tanto.

Ella repetiría luego: Lee solía reírse de cuán bárbaros eran en las aldeas campesinas. ¡Colgar las sábanas manchadas de sangre!

Ella recuerda que, a los catorce años, en Leningrado, soñaba con casarse. Ya iba a llegar el príncipe azul. Así que cuando se convirtió en –¿cómo decirlo?– un testigo de las verdades de la vida, no estaba preparada. Probablemente, dijo, es así con todas las niñas.

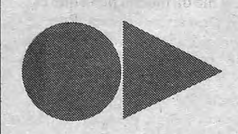
Luego de que se casaran legalmente en el Registro Matrimonial, ZAGS, y le pusieran una estampilla en su pasaporte, ella de casualidad vio la fecha de nacimiento de Alik. Era 1939. Entonces se dio cuenta de que él le había estado mintiendo cuando le dijo que tenía veinticuatro: tenía sólo veintiuno. "De haberlo sabido, no me casaba con vos", le dijo. Fue sólo una broma, pero él le dijo que había tenido miedo de que no lo tomara seriamente. Después de todo, ella le había comentado que Sasha tenía sólo veinte y que no se sentía como para casarse con bebés.

Para su casamiento Valya había preparado una fiesta: ensalada de cangrejo, embutidos, caviar negro y rojo, foie gras. Había rellenado la piel intacta de un pescado con su propia carne, cocida, sin espinas. Ni una. Parecía un pez. Y se lo podía cortar en rodajas. Un esfuerzo tan delicado.

Marina le había pedido a la tía que no cumpliera la tradición rusa de decir *"Gorko, gorko"*. Pero cuando estaban comiendo sentados a la mesa alguien fingió estornudar por un exceso de pimienta y todo el mundo empezó a gritar "gorko" –que significa "amargo"– y Marina se puso colorada. Para obedecer a la costumbre la hicieron besar y volver a besar a Lee, y cada vez que lo hacía alguien le gritaba "Gorko". Más tarde ella bailó con todo el mundo y Alik cantó con algunos amigos "Chattanooga Choo Choo". Esa noche, cuando volvieron a su departamento, descubrieron que Valya y Larissa les habían llenado la cama de flores. A la mañana siguiente, Valya entró al departamento e dejó caer un plato al piso, con estruendo suficiente para espantar fantasmas. Ella sólo le dijo a Alik: "Costumbre rusa".

No tuvieron luna de miel. Apenas pasaron un par de días en la cama, acostumbrándose el uno al otro. ¿Qué más podría decir ella? Eran nuevos. No lo analizaban todo. Hablaban un





poquito, observaban un poquito; de a poco se va avanzando. Poco a poco. Para quien lee libros románticos nada es suficiente, quiere más. Pero el sexo no es romance. Más bien es ropa sucia.

Una cosa: Lee no era vergonzoso. Podía caminar desnudo por el departamento. Como si nada. Eso la sorprendió, que un hombre pudiera estar tan cómodo antes de vestirse. Pero nunca dijo nada sobre ese punto. En Minsk, sin embargo, era como un exhibicionista. Ella no tenía experiencia en esa costumbre norteamericana. A Lee ni siquiera le daba vergüenza levantarse para ir al baño y dejar la puerta abierta. Eso sí que era raro. Marina trataba de entender qué se esperaba de ella. Como no conocía los deseos de su hombre, tenía que aprender.

Los tipos que trabajaban en la fábrica con Lee, advirtió ella rápidamente, hablaban de sexo todo el tiempo. Ese era el gran tema. Por eso Marina nunca quería salir con obreros, por esa mentalidad. Cuando Alik se reía de lo que decían, ella le lanzaba: "No le hables de lo que hacemos nosotros. Ni te atrevas".

La primera experiencia de Alik con el sexo no sólo había sido con una chica japonesa sino que él le dijo también que nunca había estado con una norteamericana. Sólo japonesas y rusas. Marina se preguntaba si no sentiría él que se perdía algo. ¿No tendría que haber estado tal vez con una chica de su propio país, antes? No, Marina no sabía qué esperar durante esos primeros días de su matrimonio. Podría decir que vivía en una especie de euforia. ¡Casada, al fin! Y con un norteamericano. Tenía ese departamentucho con el que siempre había soñado. Dios le sonreía. ¡Al fin!

1º de mayo de 1961
Pensamos sobre nuestro futuro. A pesar del hecho de que me casé con Marina para herir a Ella, descubro que me enamoré de Marina.

Más o menos una semana después de su casamiento, la tía Valya le dijo: "Dejame ver tus manos, tan cuidadas y con manicura", y todo lo que Marina le pudo mostrar fueron unos dedos como chorizos: tenía las uñas quebradas de limpiar las paredes de piedra del balcón y de lavar el piso. Por un momento pensó entonces: "¿De esto se trata el matrimonio? ¿Uñas rotas? ¡Dios mío!".

Pero durante los dos primeros días –puesto que eso fue todo lo que les dieron libre en sus trabajos, y no alcanzaba para una luna de miel– se quedaban en la cama y no se levantaban hasta bien entrada la tarde. Una luna de miel era sexual, se exploraba. Marina se sentía como si ahora estuviera libre para hacer lo que quisiera. No pensaba en los problemas que tenían con el sexo, y y no quería en realidad hablar del asunto. Si se espera fuegos artificiales, pero no estallan, se piensa que van a verse más adelante. No fue así. Bueno. Pero ella no sabía si lo poquito que le sucedía era todo lo que podía suceder, así que en la cama todo era un problema. No sabía qué hacer y Lee era siempre tan entusiasta. Más adelante, cuando Marina estaba cansada o de mal humor, no lo evitaba, sólo le decía: "No, no quiero hacer el amor con vos porque me voy a sentir usada una vez más. ¿Para qué? Quizá vos sientas algo, pero yo no siento nada". Aunque eso era casi como insultarlo, él trataba de manejar la situación: "Vamos –le decía– vos sabés que te amo". Se hacía el chico y le hacía bromas. A veces funcionaba. Ella cree que a él realmente le gustaba el sexo, pero se resiste a hablar del tema. "Nadie le pregunta a Jacqueline Kennedy cómo era Jack Kennedy en la cama". Y ella tenía que hablar de cosas tan privadas. No hay nada sucio en el sexo, excepto que uno deje que otros miren: entonces es degradante. Pero ella diría luego que las dificultades que tenían no eran graves. Cuando la gente le preguntaba si Lee era homosexual, ella decía que nunca había percibido que él hubiera tenido debilidad por un hombre, nunca. Quizá podía ser gay en otros sitios, pero no cerca de ella.

A Lee le gustaba pararse frente al espejo y admirarse, eso es cierto. "¡Qué desvergonzado que era!", pensaba Marina. "Se admiraba. No era alto pero estaba bien proporcionado. Tenía unas piernas preciosas. Y él sabía que me gustaban, así que me decía: '¿No creés que tengo unas piernas espléndidas?' Pedía piropos. Era una especie de broma de la relación. Privada, pero como las que tiene la gente." Ella interpreta que a él realmente le gustaban las mujeres. Esa es su interpretación.

Cuando le dijeron a Marina cómo Lee había pasado meses sin siquiera intentar seducir a Ella, sin forzarla nunca, preguntó si no sería en realidad posible que Ella tuviera vergüenza de hablar. "Puede creerse más santa ahora que entonces, ¿no?" Y pensó luego: "A lo mejor él la quería tanto que si ella no lo quería igualmente, no iba a forzarla".

Lee le había hablado, y con gran admiración, sobre esa linda japonesa que había sido la primera mujer que conoció. Marina se quedó con la imagen de un hermoso capullo oriental por el cual Lee siguió suspirando. Desde luego. En su cabeza estaba esta preciosa mujer. ¿Debía sentirse influida por ello? ¿Debía prestar más atención a toda clase de sexo? ¿Aprender cosas nuevas? Ella pensaba en competir cuando Lee –siempre con gran admiración– le hablaba de todo lo que esa japonesa le hacía, esa belleza desconocida.

Ellos querían un embarazo casi inmediato. Durante los primeros meses no pasó nada. Lee y Valya estaban igualmente desilusionados. Valya hasta llegó a decirle a Marina: "Esperábamos que tuvieras un hijo, pero probablemente seas como tu tía, que no puede". ¡Se lo dijo apenas un mes después! Lee quería tener un varón. Lo iba a llamar David. Su hijo, le aseguró a Marina, podría alguna vez ser presidente de los Estados Unidos. Cuando Marina iba al baño, al menos cerca de la fecha de su período, no la dejaba cerrar la puerta. Cuando ella le preguntó por qué no confiaba en ella, Alik le dijo: "Bueno, vos trabajás en un hospital. Si no querés tener un hijo, bien podés hacerte un aborto. Así que quiero saber". No hería sus sentimientos, ella también quería un hijo. Le parecía estúpido lo que él hacía, pero trató de no hacer caso. Hasta le decía: "Pero sí, dejá la puerta abierta..."; se lo tomaba a broma. Le dijo: "Lee, quiero tener un chico tanto como vos. No voy a hacer nada estúpido". No había de qué preocuparse. No debía quedarse parado y decirle: "Tenés que hacer pis delante de mí". No, era más suave. Después de todo, había llegado la primavera y su ánimo estaba fuerte: "Voy a tener un bebé, voy a tener una familia aquí mismo". Ella quería que fueran tan jóvenes y felices como pudieran.

Durante las primeras semanas de su matrimonio, Lee pasaba a buscarla por la puerta de la farmacia y la acompañaba hasta la casa, y al caer la tarde salía al balcón y miraba paisajes con sus largavistas. A la noche lavaba los platos del desayuno, y algunos días, cuando tenían agua caliente, lavaba la ropa. Cuando Marina entraba por la puerta que daba a la calle Kalinin lo podía escuchar cantando. Nunca sería parte de un coro, pero podía cantar con brío. Una voz agradable. Y mientras lavaba sus ropas de trabajo. No quería que ella estuviera cerca de sus cosas sucias.

Marina aprendió pronto que a él no le gustaba el trabajo que hacía. Decían que le hacía daño a él y a su honor. Pero ella no sabía hasta dónde era verdad. Lee jugaba con la gente. Ella aprendió eso enseguida. Tal vez hasta jugaba con ella.

Pocas semanas después de la boda llegaron unas cartas desde los Estados Unidos y en una había una foto de Marguerite Oswald. Estaba vestida con un traje de enfermera, sentada en una silla. "Es mi madre", le dijo él a Marina. Examinó la foto y agregó: "Engordó. Según mi recuerdo, no estaba tan rellenita". Eso fue todo. Marina no podía creerlo: "Me habías dicho que tu madre había muerto". El le contestó: "Bueno, no quiero hablar de mi madre".

Ella no sabía cómo aceptar eso. El había dicho que era huérfano. Ella pensó para sí, entonces: "¡Qué estúpida soy! Y yo que pensaba todas las noches que era una señal de Dios, que me había enviado un huérfano como yo misma".

Junio
Una continuación de mayo, excepto que cada vez nos acercamos más y pienso menos en Ella...

A veces Marina podía echar un vistazo –uno brevísimo, aunque más no fuera– a lo que había dentro de él. De inmediato él volvía a levantar la muralla. Sólo en momentos muy íntimos él podía ser él mismo, ese niño que reclamaba atención. Si no fingía que no necesitaba nada. "Se aislaba– señaló Marina.., y jugaba con la gente. Los trataba como si no fueran personas."

Una vez, un día cuando se suponía que todos tenían que votar para el Presidium o algo así, trabajadores de los comicios empezaron por golpearles la puerta a las 7 de la mañana. Lee les dijo que se fueran, que era demasiado temprano. Volvieron, y Lee se negó a abrirles. No paraba de gritar: "¡Este es un país libre!". Les dictaba cátedra mientras los hombres seguían del otro lado de la puerta. Ella no recuerda si fue a votar o no, pero Lee siguió diciéndole que la Constitución soviética aseguraba que ése era un país libre. No debían arrastrarla a votar. Ese día, bien temprano, tuvo que escuchar un discurso sobre política. Desdeluego, ella nunca había estudiado esa estúpida Constitución soviética. Es decir, la había estudiado, hasta había pasado el examen, pero ahora no se acordaba de nada. Así que ahora él tenía que enseñarle su propio sistema, y decirle cómo no practicaban correctamente su Constitución en ese país.

También le gustaba que ella estuviera en casa cuando él llegaba. Si se demoraba diez minutos, se ponía de mal humor. "¿Dónde estuviste?", le preguntaba. "¿Por qué llegás tarde?" Quizás así es como empezó su control sobre ella. El horario de Lee en la fábrica era siempre el mismo, y el de ella también, pero a veces se detenía en un negocio. ¿Y cómo saber quién iba a llegar antes?

Embarazada, ahora estaba especialmente sensible a los olores. Le parecía que las paredes tenían olor; hasta el balcón le parecía fétido cuando abría las puertas. Siempre percibía el aroma de la comida que en algún lado alguien preparaba. Y no podía comer. Además, estaba Lee. Si se lo hirviera en agua, seguiría teniendo ese olor tal raro en su cuerpo. Hacia el segundo mes de embarazo, cuando él había empezado a ser cada vez menos simpático, ella comenzó a buscar peleas. Tenía dudas: ¿y si había cometido un error? Tal vez no amaba a ese hombre.

LA MEMORIA TRAVESTIDA

ROSA PEREDA

En realidad, yo no debería haber nacido". Charlotte von Mahlsdorf, que al teléfono suena con la naturalidad de una señora alemana de burguesía acomodada, dice esto sin un ápice de dramatismo, aunque respondiendo a una pregunta sobre uno de los capítulos más dramáticos de su vida más que dramática. Porque Charlotte von Mahlsdorf, que ahora publica sus memorias con el título *Yo soy mi propia mujer* (Tusquets), nació chica en un cuerpo de varón; vivió de niña el nazismo y luego la dictadura del Este; ahora, después de la reunificación, se enfrenta cada día a la violencia de los skins y, cuando era apenas adolescente, mató a su padre en legítima defensa de sí misma y de su madre. Así que, preguntada por este capítulo de su vida, el momento en que aprieta un gatillo y mata a su padre, dice: "En realidad, yo no debería haber nacido, porque mi madre quería divorciarse de aquel hombre colérico y brutal a los seis meses de matrimonio". Quería divorciarse, pero no lo hizo; nacieron los hijos, entre ellos este niño guapo y un poco rarito que es Charlotte, y cuando la violencia se hizo insufrible, la mujer se acogió a su familia de sangre. Una familia antigua, incondicional, presidida por el tío abuelo, que, con la trivialidad de lo cotidiano, refleja el ambiente de violencia extrema que vive la Alemania en guerra. Dice Charlotte von Mahlsdorf: "Mi tío abuelo escribió una carta a mi padre que todavía conservo, en noviembre de 1927, un par de meses antes de que yo naciera, en la que le conminaba a abandonar la casa familiar, porque, como no trataba a su mujer como a un igual, sino más bien peor que a una sirvienta, no tenía sentido que siguieran viviendo juntos, porque Gretchel, mi madre, se pondría enferma de corazón y de espíritu. Mi padre se encontró con la carta al volver del trabajo y se encaró hecho una furia con mi tío abuelo y pidió explicaciones a mi madre. Y cuando ella le dijo que sí, que iba a divorciarse, fue por su pistola, apuntó a mi madre y disparó, pero mi tío le dio un golpe en el brazo, y la bala se incrustó en el techo, donde aún hoy está". Y cuenta Charlotte que toda su infancia vivió con el miedo de que aquel hombre consiguiera matar a su madre. "Así crecí –dice–, y en 1940, cuando me evacuaron, tomé el revólver de mi tío abuelo para terminarcon esa incertidumbre, es decir, para adelantarme a una eventualidad. Ya entonces quería disparar a mi padre y lo hice. Claro que, como era pequeña, no sabía que ese revólver francés tenía un seguro, y que tendría que haberlo soltado antes. En 1943 –sigue–, cuando arreciaron los bombardeos de Berlín, mi madre se saltó las normas de evacuación y se fue a la Prusia del Este. En las Navidades de 1943, de improviso, se presentó mi padre con permiso del frente, hubo una discusión terrible y mi madre volvió completamente alterada y confundida, porque él la había amenazado con matarnos a todos si persistía en divorciarse. Al día siguiente fui a la finca de mi tía abuela y le conté todo, y mi tía lo llamó y hubo un enfrentamiento tal que mi padre sacó la pistola del bolsillo y gritó: 'Una palabra más y los mato a todos'. Claro que con mi tía se equivocaba de persona: se quedó tranquilamente sentada detrás de su escritorio y sacó su propia pistola del cajón, apuntó a mi padre y dijo literalmente: 'Cuando haya contado hasta tres, has desaparecido de la habitación, canalla'. Y empezó a contar. Contó uno, contó dos..., entretanto había llegado el sirviente con una bandeja y el correo, y a la de tres mi padre terminaba de cerrar la puerta. El tiro atravesó un carterón de madera y la bala se alojó al otro lado del pasillo." "No lo dije en el juicio –sigue diciendo a *El País* Charlotte von Mahlsdorf–, ni lo diría nunca; pero lo cierto es que, después de eso, mi tía me llamó y me dijo: 'Niña, tu tío abuelo ya no vive, ahora tienes que defenderla tú. Agarra una silla, arráncale una pata y dale con ella en la cabeza, pero no debe seguir vivo, prométemelo. Porque si no, nos mata a todos'." "Como digo en mi libro, me dijeron que había tenido mucho valor, pero sólo era el valor que te da la desesperación." "Tuve que hacerlo –concluye– porque no había otra solución. Aún hoy tengo claro que no había otra salida." Tenía entonces 16 años, había salvado la vida vestida de niña y confundiendo a los nazis, y pasó dos años en la cárcel. Esta historia, que en la de cualquier persona sería la historia crucial, pasa en las memorias de Charlotte como un episodio más de su vida. Un episodio contado con parquedad escalofriante, como cuenta su manera natural de sentirse una mujer; su lucha por abrir y mantener su Museo de los Fundadores, esa colección de objetos y muebles fin de siglo que hoy alcanza los 12.000 visitantes anuales, o las esperanzas amorosas, convencionales, o la afición por los trapos, despierta desde muy niña. O cómo cuenta la persecución que, por hache o por be, ha tenido que soportar siempre y sigue soportando. "Toda mi vida he sufrido la violencia –dice–, y me da mucha pena que esto parezca no acabar nunca. Porque mi generación, que éramos jóvenes en 1945, tuvimos la esperanza de conseguir en el Este una verdadera democracia. Pero se puede decir que pasamos sin fisuras de la dictadura parda a la dictadura roja. Y ahora, después de la reunificación, de nuevo tuvimos esperanzas: somos personas libres en un país libre, pero se está extendiendo tanto la violencia, estos jóvenes violentos no tienen ningún sentido del límite." El libro se abre con un ataque de los cabezarrapadas a la fiesta gaylesbiana en el museo creado y mantenido por Charlotte. Precisamente, la diferencia homosexual ha marcado continuamente su biografía. "Ya desde niña supe que era distinta, soy un ser femenino en un cuerpo masculino. Para que se entienda, soy travestido y no transexual; quiero decir que, aunque hoy fuera joven, no me operaría. Nunca he sentido vergüenza de mi cuerpo ni de mis genitales; desde luego, tengo que decir que me gustaría tener un poco más de pecho, pero hay muchas mujeres que tampoco tienen más pecho, y eso a mí me consuela. Y así he ido por mi vida hasta el día de hoy."

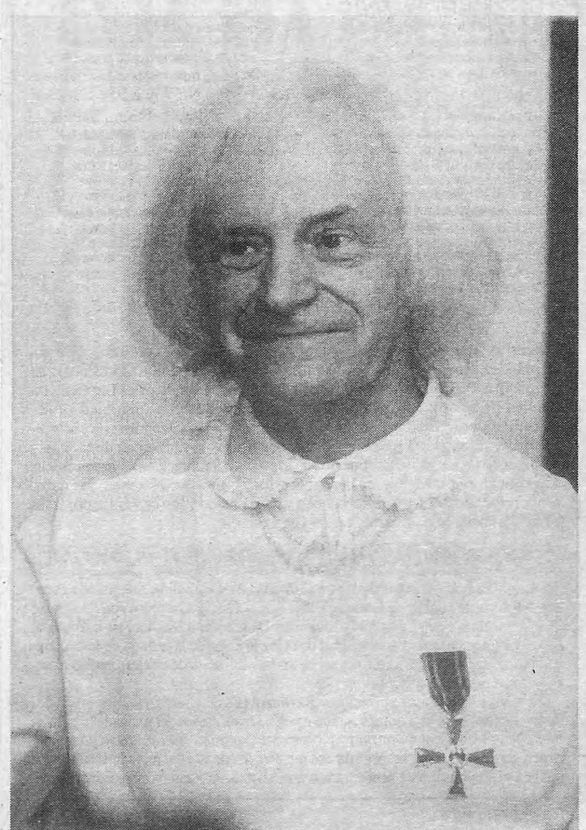
Desde que ha publicado su libro en Alemania está siendo convocada a todo tipo de actos, conferencias e intervenciones, y la preocupación de la violencia y la igualdad son patentes en todo su discurso, aunque siempre subterránea.

"El museo –dice– lo llevamos entre tres personas, dos mujeres lesbianas y yo, sobre la base de igualdad total, y estamos bastante en el punto de mira del público, y, naturalmente, estamos preocupadas porque no tenemos ningún tipo de protección. Creo que tanto el gobierno como la municipalidad y la policía tendrían que tomar medidas contundentes contra la violencia de los neonazis, que sufrimos desgraciadamente todos los días. Hay que luchar contra eso, porque si no terminará siendo una anarquía, y si en Berlín ya hasta las mujeres normales entre comillas pasan miedo en cuanto cae la noche y no se atreven a tomar el metro, es un signo muy triste."

¿Las cosas han ido a peor? "Sí, han ido bastante a peor."

"Yo soy mi propia mujer" (Tusquets Editores), autobiografía del travesti Lothar Berfelde, no se conforma con narrar su apasionante transformación en Charlotte von Mahlsdorf. Tampoco se satisface con recorrer todos y cada uno de los cambios histórico/sociológicos que van del decadente Berlín de los años 30 a la metrópoli fin de milenio infestada de skinheads. No, las memorias casi dickensianas de Charlotte se constituyen en uno de esos libros que hacen tambalear las virtudes de la ficción porque, sencillamente, hay historias verdaderas que parecen superar las posibilidades de lo imaginable. Rosa Pereda –del diario *El País* de Madrid– conversó con el autor y con la autora.





A la izquierda el pequeño Lothar Berfelde a los 10 años. Arriba, Charlotte von Mahlsdorf en la puerta de su casa. Abajo, Charlotte condecorada con la Cruz del Mérito Civil.

Best Sellers///

Ficción		Sem. ant.	Sem. en lista
1	*Paula*, por Isabel Allende (Sudamericana/Plaza & Janés, 17 pesos). Durante la agonía de su hija Paula, la autora de *La casa de los espíritus* le relató la historia de sus antepasados, los recuerdos de su infancia y algunos avatares de Chile.	1	8
2	*La novena revelación*, por James Redfield (Atlántida, 22 pesos). Un hombre viaja a Perú en busca de cierto manuscrito que contiene las nueve revelaciones sobre la vida y sus misterios.	2	25
3	*El primer hombre*, por Albert Camus (Tusquets, 18 pesos). El autor de *La peste* y *El extranjero* relata la historia de un hijo sin padre, educado en la miseria y criado por una abuela autoritaria, que va creciendo y haciéndose a sí mismo hasta alcanzar el éxito.	3	5
4	*Donde van a morir los elefantes*, por José Donoso (Alfaguara, 22 pesos) La peripatética saga de un profesor de literatura chileno sumergiéndose de lleno en los placeres y padecimientos de la vida académica de un campus del medioeste norteamericano. Comedia negra, ácido retrato de costumbres y ritmo desenfrenado un texto que tampoco excluye la reflexión profunda y los conflictos intelectuales.	–	1
5	*Acuérdate de mí*, por Mary Higgins Clark (Plaza y Janés-Solaris, 19 pesos). Una mujer decide escapar de la culpa que siente por la muerte de su hijo yéndose con su marido a una casa sobre la costa. Pero en ese aislamiento todo se vuelve misterioso.	4	4
6	*Deuda de honor*, por Tom Clancy (Sudamericana, 29 pesos). Jack Ryan, el héroe de *Peligro inminente* y *La caza al Octubre Rojo* vuelve a las andadas en una novela donde los enemigos son aliados en una guerra que se da más en el territorio económico que en el de las armas.	5	2
7	*Inocente*, por Fernando Niembro y Julio Llinás (Grijalbo-Mondadori, 16 pesos). Una investigación novelada donde se combinan los elementos del thriller conspirativo girando alrededor de la figura de Maradona, el affaire de la efedrina y las intrigas político-corporativas del mundo del fútbol internacional durante el último mundial de Estados Unidos.	6	2
8	*La lentitud*, por Milan Kundera (Tusquets, 16 pesos). Breve e intenso divertimento típicamente kunderiano donde un congreso en un viejo castillo francés es la excusa para que se disparen varias historias, algún que otro episodio amoroso y –como siempre– la mirada omnipresente del escritor checoslovaco donde la ficción pura y el ensayo estricto bailan con vertiginosa lentitud.	7	2
9	*De amor y de sombra*, por Isabel Allende (Sudamericana, 15 pesos). Con la dictadura de Pinochet en Chile como marco histórico y geográfico la autora de *La casa de los espíritus* narra el romance entre un hombre y una mujer de sectores sociales opuestos que deben luchar por vivir en un país signado por las muertes y las torturas.	8	9
10	*Placeres privados*, por Lawrence Sanders (Emecé, 16 pesos). Un investigador ha fabricado una píldora que al ser administrada a los humanos aumenta su agresividad y su potencia sexual. Los militares son los primeros interesados en experimentar con el invento, pero alguien roba el secreto y desata un drama que conjuga violencia y sexo.	9	5

Historia, ensayo		Sem. ant.	Sem. en lista
1	*Historia integral de la Argentina, II*, por Félix Luna (Planeta, 25 pesos). El segundo de los nueve volúmenes que conforman la obra del autor de *Soy Roca*. Subtitulado *El sistema colonial*, el libro abarca el siglo XVII y gran parte del XVIII, abordando temas como la instalación del sistema colonial y la vida y las costumbres de la sociedad de aquellos años.	2	5
2	*El vuelo*, por Horacio Verbitsky (Planeta, 15 pesos). Horacio Verbitsky, columnista de este diario, recoge el descarnado testimonio de un oficial de la Escuela de Mecánica de la Armada, Adolfo Scilingo sobre las violaciones a los derechos humanos en la última dictadura militar.	1	6
3	*Pizza con champán*, por Sylvina Walger (Espasa Cape, 16 pesos). Colaboradora de **Página/12** y socióloga, Sylvina Walger mezcla sus dos formaciones para ofrecer una radiografía de los nuevos hábitos de las clases dirigentes y su corte en la Argentina de fin de siglo.	3	16
4	*El hombre light*, por Enrique Rojas (Temas de Hoy, 14 pesos). ¿Vive usted para satisfacer hasta sus menores deseos? ¿Es materialista, pero no dialéctico? ¿Es un hombre light, un hombre de hoy? Críticas a ese ser hedonista y mezquino se mezclan con propuestas y soluciones.	4	19
5	*El ángel*, por Víctor Sueiro (Planeta, 15 pesos). El autor de *Poderes* sigue escrutando los cielos de lo sobrenatural: encontró al ángel y, lejos de ponerse a discutir su sexo, analizó sobre la base de las escrituras, estudios teológicos y hasta la consulta a un angelólogo al ente alado.	5	22
6	*Los dueños de la Argentina, II*, por Luis Majul (Sudamericana, 18 pesos). Con el subtítulo de *Los verdaderos secretos del poder*, este segundo volumen continúa trazando perfiles de los poderosos, esta vez Pérez Companc, Roggio, Soldati y Pescarmona.	6	22
7	*Sueños de fútbol*, por Carmelo Martín (El País-Aguilar, 17 pesos). Vida y obra de uno de los mejores futbolistas y técnicos que ha dado la Argentina. Jorge Valdano habla de la concepción del fútbol y de la vida.	7	3
8	*Política y cultura a finales del siglo XX*, por Noam Chomsky (Ariel, 14 pesos). Un análisis sobre las perspectivas de la libertad, la justicia, el poder, la democracia y la cultura en esta nueva etapa del capitalismo.	8	2
9	*Argentina en el callejón*, por Tulio Halperín Donghi (Ariel, 15 pesos). Edición corregida y aumentada de este libro publicado en 1964, en el que el autor de *Historia contemporánea de América Latina* estudia el proceso argentino que se desató con el golpe de Estado de 1930 y que culminó con el ascenso y la caída del frondicismo.	9	5
10	*Historias de la Argentina deseada*, por Tomás Abraham (Sudamericana, 13 pesos). Un estudio sobre "el lado oscuro de la Argentina" yendo desde el primer peronismo, pasando por los fulgores de la década del sesenta y los oscuros años del Proceso hasta llegar a la era donde reinan los formadores de opinión como Mariano Grondona.	–	1

Librerías consultadas: El Aleph, Del Turista, Expolibro, Fausto, Hernández, Norte, Santa Fe (Capital Federal), El Monje (Quilmes); El Aleph (La Plata); Ameghino, Horno Sapiens, Lett, Ross, Técnica, La Médica (Rosario); Rayuela (Córdoba); Feria del Libro (Tucumán).

Nota: Para esta lista, no se toman en cuenta las ventas en kioscos y supermercados. Con cierta frecuencia, algunos títulos desaparecen de la lista y reaparecen en los primeros puestos a las pocas semanas. Esas fluctuaciones se explican por tardanzas en la reimpresión. En todos los casos, los datos proporcionados por las librerías son cotejados con las cifras disponibles en las editoriales que se mencionan en la tabla.

RECOMENDACIONES DE PRIMER PLANO///

Arthur Zajonc: **Atrapando la luz** (Editorial Andrés Bello). Subtitulado como una "Historia de la luz y de la mente", este fulgurante ensayo se lee con la claridad de una novela sin dejar detalle por iluminar. De Goethe a Newton, de la Biblia al BhagavadGita; un viaje a la velocidad de la luz lo largo de la historia de la humanidad recopilando todo lo pertinente sobre los tres mil años de ininterrumpida experiencia lumínica del ser humano.

Kurt Vonnegut: **Pájaro de celda** y **Barbazul** (Plaza y Janés). Reedición de dos de las mejores obras del genio de Indianapolis. Un ex asesor del malhadado gobierno de Nixon y un pintor armenio y pionero del expresionismo abstracto norteamericano son los atípicos "héroes" de dos novelas donde la vida privada y la historia pública se combinan para demostrarnos que, sí, todavía estamos en la Edad Media.

Carnets///

POESIA, CRONICAS Y PROSA

El gran encuentro

ESCRITOS EN PROSA, por César Vallejo, (Editorial Losada).
TRILCE / ESCALAS MELOGRAFIADAS, por César Vallejo. Edición de D. G. Helder (Colección Austral, Literatura Hispanoamericana).

La singular voz de Vallejo suele reiterarse en citas parciales de algunos de sus más conocidos poemas –"Hay golpes tan fuertes en la vida...", "yo nací un día en que Dios estuvo enfermo", "vivan los compañeros", "quiero escribir pero me sale espuma", "me moriré en París con aguacero". Esta sustantiva inconfundibilidad se difumina en cambio cuando se alude a textos tan diferentes, incompatibles, como *Escalas Melografiadas, Fabla Salvaje, El reino de los Sciris,* o *El Tungsteno*. La cuestión tendría dos resoluciones, la primera un tanto superficial, y en definitiva, convencional o documentalista, hablaría de una falta de conocimiento del conjunto de la producción bibliográfica de Vallejo. La segunda, más interesante, lleva a preguntarse por qué esos textos han ocupado un segundo plano, frente al primerísimo de los poemas, y al tercero de los escritos teatrales. Y todavía más y mejor, qué relación –subsidiaria, complementaria, tangencial, convergente, etc.– tienen, las disímiles prosas, con obras fundamentales de la lírica contemporánea como *Los Heraldos Negros, Trilce, Poemas en prosa, Poemas Humanos* y *España aparta de mí este cáliz*, y con el sujeto que enuncia unas y otras desde un lugar menos establecido que configurado sobre la marcha.

La reciente aparición de *César Vallejo, Escritos en prosa*, antología de crónicas y cartas, que, sumada a la anterior publicación en un solo volumen de *Trilce* y *Escalas melografiadas*, permite adentrarse, conocer o revisitar determinadas zonas de la prosa vallejiana, a fin de iluminar, en esos espacios menos explorados, algunos rasgos de su autor, y asimismo de reconsiderar cómo ha sido caracterizado en la extensa producción crítica que los poemas motivaron, privilegiando a veces un aspecto particular: el católico, el vanguardista, el militante, el atormentado, etc. No es de menor importancia para estos objetivos tener en cuenta los particulares enfoques y recortes que cada una de estas dos ediciones presenta.

De la enorme cantidad de crónicas vallejianas publicadas en *El Norte* de Trunjillo, *Mundial, Variedades* y *El Comercio* de Lima, *Favorables París Poema* de París, *Amauta*, etc. Claudia Caisso eligió un recorrido cronológico –una especie de biografía– a fin de relevar la heterogénea presencia de concepciones artísticas e ideológicas que "testimonian una búsqueda contradictoria y plural de lo nuevo, de un nuevo lenguaje poético y plástico, o de una nueva estética, cuya escritura, posterior en relación con la de *Trilce* (1922) habla, como se sabe, de la radicalidad de su experimentalismo frente a otras tentativas de las llamadas vanguardias literarias en América latina". La tumba de Baudelaire, los cafés, exposiciones y espectáculos parisinos, el viaje a Rusia, el reportaje a Vladimir Maiacovsky o la participación en el Congreso de Escritores en Defensa de la Cultura, son sucesivos puntos de partida "ante un presente ruinoso y un futuro asaz incierto" para extremar la visión crítica –"la fobia al trazo cenital y definido", al "eterno borrador"– y formular proyectos, como si a cada paso, en cada encuentro, se fuera trazando una ruta multidireccional que tendría su punto de partida en *Trilce* y de llegada en *Poemas Humanos*, con todo lo que sucede entre una y otros. Un camino de dispares interrogaciones que la presentación de esas prosas coyunturales remite, acertadamente, a una inquietud mayor: la difícil construcción no sólo de una poética, sino también, de una figura de artista ubicado en las problemáticas definiciones y realizaciones que en las primeras décadas del siglo tuvieron una especie de eclosión, pero cuyos efectos, proyecciones y sobre todo, interrogantes, no han cesado de estar presentes hasta hoy.

CÉSAR VALLEJO
Escritos en prosa
Losada

"Si la crítica vallejiana soslayó en gran medida la prosa de Vallejo, no fue en ningún caso más injusta como en el de *Escalas melografiadas*, aunque más no sea por su calidad de complemento de *Trilce*" afirma Daniel García Helder en el estudio preliminar a una edición que se propone inducir a la vinculación entre los dos textos hasta el punto de considerar que algunas "prosas" trilceanas debieron haber estado en las *Escalas*... El carácter complementario de los dos textos podría estar dado, en primer término, en la redacción simultánea de ambos, en la segunda década del siglo, en un momento de intensa ruptura con el relato y la poesía anterior, y en una situación particular y altamente significativa para Vallejo: la cárcel, la separación de la familia, la ausencia de la madre. Lo que en definitiva no basta en tanto anécdota, por eso Helder se ocupa de señalar las vinculaciones en el plano enunciativo, conexiones "a veces tan evidentes que las palabras se repiten". Pero más, todavía más, está la imperativa presencia de enunciados que se repiten con menos diferencias que similitudes, en los dos textos. "Las cuatro paredes albicantes que sin remedio dan al mismo número" de *Trilce XVIII* y los "muros" donde cabe considerar al hombre que "ignora a qué hora el 1 acaba de ser 1 y empieza a ser 2, que hasta dentro de la exactitud matemática carece de la inconquistable plenitud de la sabiduría" ("Muro Noroeste" en *Escalas...*). Ambos muestran semejantes modos de estructurar las frases, concretizar sentimientos o estados de ánimo en objetos nítidos y activos. "Pues no deis 1, que resonará al infinito. Y no deis 0, que callará tanto, hasta despertar y poner de pie al 1 (*Trilce V*).

El manejo de lo abstracto/concreto y de lo general/singular evidenciado en el protagonismo activo de los números y en las cortantes imágenes, se despliega simultáneamente en ambos textos y se proyecta sobre el conjunto de la obra vallejiana, en verso y prosa: la relación por lo tanto no es subsidiaria y los relatos y versos significan y se sostienen por sí mismos. Pero tanto como se vinculan. *Trilce*, nombre que suscitó más de una conjetura en cuanto

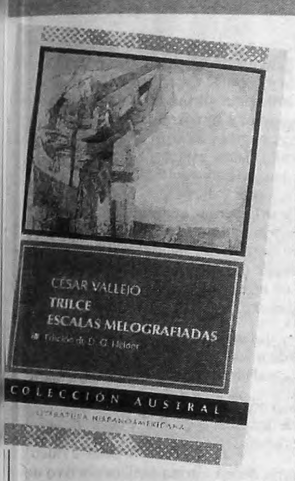
ENSAYO

Sobre la

MOVIMIENTO DE SACERDOTES PARA EL TERCER MUNDO: DOCUMENTOS PARA LA MEMORIA HISTORICA, Domingo Breschi (compilador); CSE-Centro Nazaret CEHILA, 1994, 360 páginas.

La atenta lectura de la recopilación hecha por el sacerdote Domingo Bresci de los documentos producidos entre 1967 y 1974 por un grupo de curas católicos que decidieron poner su compromiso con los pobres por encima de cualquier otra opción, asumiendo incluso el riesgo de enfrentar al gobierno militar, por un lado, y a la jerarquía de la Iglesia, por otro, ofrece la oportunidad de mirar una etapa de la historia argentina desde la óptica y la opción de lo que fue el Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo. Como bien lo dice el investigador José Pablo Martín en el prólogo del libro que Bresci ordenó con el sentido testimonial de quien fue uno de los principales protagonistas del movimiento sacerdotal (se seleccionaron 79 documentos sobre un total de 321 producidos), el texto "contiene la memoria de personas, hechos e ideas que participaron de la trama de una década complejísima y trágica de la sociedad argentina y se internaron en campos minados por dificultades y hondos problemas, muchos de los cuales sólo se han resuelto en parte o de modo aparente".

A través de la documentación aportada surgen importantes elementos de esa etapa de la vida argentina, en la que también la Iglesia Católica mostró –como en otros momentos– caras diferentes y hasta contradictorias. En coincidencia con otras iniciativas similares que se produjeron en América latina, pero con el mérito de haber sido el primer movimiento sacerdotal de la



al posible sentido que resumía, y *Escalas...*, título alternativo para los poemas, constituyen, aparte de las nominaciones, las dos escrituras más extrañas y extremas de César Vallejo. El punto donde la prosa y la poesía se religan indeciblemente mezcladas.

SUSANA CELLA

POESIA

Los placeres de la espera

HOMBRES EN UN RESTAURANTE, por Jorge Ricardo Aulicino. Buenos Aires, Libros de Tierra Firme, 1994. 49 páginas.

Así debería ser el poema: "como una conversación sin apuro en un restaurante provisorio", donde el rumor del mundo, indistinto y a la vez obstinado, se filtra en el diálogo. Una conversación que en su curso anecdótico va hallando una palabra única, en la que lo exterior, siquiera de un modo oscuro y casual, adquiera un sentido posible. Esta poética puede leerse, con notable rigor compositivo, en el último libro de Jorge Ricardo Aulicino (Buenos Aires, 1949), *Hombres en un restaurante*. Ya en su libro anterior, *Paisaje con autor* (1988), Aulicino exploraba esa inadecuación esencial entre el lenguaje y el mundo, entre la racionalidad de lo real y las temblorosas hipótesis que la palabra arriesga sobre sus fundamentos, entre la capacidad de ver y su errática traducción verbal. En éste, esa búsqueda se agudiza y perfecciona.

En los poemas de *Hombres en un restaurante*, un hecho insignificante, un conjunto de objetos, un paisaje urbano, un estado de ánimo de pronto suceden con la intempestiva presencia de la ocasión. Como una epifanía, todo parece surgir del vacío, de la niebla, del azar de un instante. Así parece convocarse lo real en los poemas: con un súbito llamado de la circunstancia. Así lo recibe el lector: arrecia, pero sin caos, con una forma que se busca precisa y bella.

Pero eso no es todo: entrelazada en la pura descripción, hay una serie de giros, de preguntas, de repentinos desvíos. Es decir, una disposición reflexiva que va minando las certezas que pudieron librar la percepción y el ánimo. De algún modo, se lee allí una retórica de la incertidumbre, la suspensión del juicio como hecho sintáctico. La interrogación o una afirmación tajante que altera lo evidente, persuaden al lector de que no todo lo presentado en el texto como real equivale a existir. Pero hay un tercer elemento que equilibra y recupera lo perdido, aunque como posibilidad de nueva realización. Corresponde a lo que podríamos llamar el orden de la promesa. Lo que promete la poesía es la alianza de la palabra y el mundo, promete un sentido que nunca se realiza del todo y que, a menudo, no es más que un énfasis del deseo. Por ello en estos poemas surge, una y otra vez, la noción de inminencia, de espera, de éxtasis entrevisto, de una belleza que surge en donde menos parece sostenerse. Y precisamente en la palabra, en el acto de dirigir la palabra, la promesa siempre tiene lugar. Sólo resta esperar, distraídamente, con una especie de fe en la incredulidad. Al dirigir la palabra trivial como en una conversación de restaurante, la promesa de una revelación acontece: "Sólo en lo provisorio hay solidez", leemos. Se diría que cuando en el poema esa retórica de la incertidumbre despoja de sustancia la anécdota, la vuelve sospechosa y fugaz, allí mismo es posible que signifique de otro modo y lo accidental se vuelva esencial, definitivo.

En un instante mortal, parece decirnos el poema, acecha la eternidad. Lo dice con ironía, con estudiada desconfianza, con la inocencia algo perversa del que nada sabe. Como en la música de Donizetti, donde "locomún estable se hizo inestable / inminencia en esa música si se quiere / en extremo triste / en extremo intolerable / en extremo / dichosa".

JORGE MONTELEONE



memoria sagrada

región, los Sacerdotes para el Tercer Mundo se enfrentaron simultáneamente a la dictadura militar y al sector más conservador de la jerarquía de la Iglesia Católica, que nunca aceptó la actitud contestataria y justiciera de los curas.

El momento de la aparición del libro no parece casual y se pone de manifiesto en cierta forma en la intención explícita de Domingo Bresci -uno de los más activos militantes del tercermundismo– cuando sostiene que "la ocurrencia de publicar estos textos no responde a una inquietud "arqueológica" o "nostálgica" sino al propósito de "recuperar nuestra memoria histórica", que ayude a revitalizar el compromiso de promover la dignidad de todo el hombre y de todos los hombres y de construir una sociedad justa y fraterna". Algunos de quienes fueron actores principales del Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo cayeron como víctimas de la represión y la violencia. El más notorio fue Carlos Mugica. Otros ya no son sacerdotes. Por distintas razones renunciaron a su condición de curas. Buena parte –llevando a cuestas las marcas de los años y de la dureza de la labor que desarrollan– siguen en los barrios, en las villas o luchando desde algún lugar por los mismos principios que antes los empujaron a organizarse como curas tercermundistas. Son parte de los mismos curas que ahora aparecen nuevamente comprometidos con los pobres desde una visión distinta de la Iglesia.

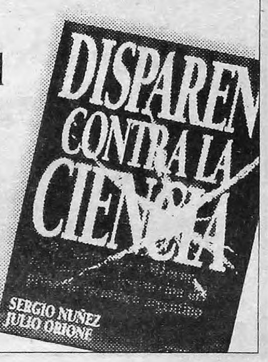
Por eso el acto de presentación del libro fue más bien un momento del reencuentro. Como lo señaló en esa oportunidad el sacerdote MiguelRamondetti –quien fuera secretario general del Movimiento– indicando que tanto el libro como el reencuentro que protagonizaron gran parte de los que integraron el grupo de curas es el signo de que "debajo de las cenizas hay brasa que mantiene el fuego" de aquellas mismas luchas y que ahora se expresa en posturas que alcanzan notoriedad, como las de Eliseo Morales y Jaime De Nevares en el Frente Grande o que siguen en el silencio y en el anonimato a través del trabajo de muchos curas que continúan en los barrios y junto a la gente más pobre.

El libro, sin embargo, no es sólo un pretexto. Es un documento de gran importancia para quien pretenda estudiar una etapa significativa de la historia argentina contemporánea. También de una parte de la historia de la Iglesia Católica que probablemente no escribirán los historiadores oficiales.

WASHINGTON URANGA









EL COLOR WITTGENSTEIN

LUDWIG WITTGENSTEIN

Estas "Observaciones sobre los colores", material inédito que Paidós distribuye con motivo de la Feria del Libro, encuentran al autodefinido "extranjero en el mundo" como, en cambio, un más que comprensivo frecuentador del universo de los colores. Un sitio donde –si bien "los colores no son cosa que tenga propiedades definidas"– acaban configurando el concepto de una tonalidad propia y única, el color Wittgenstein, en este caso.

1. Un juego de lenguaje: informar sobre si un cierto cuerpo es más claro o más oscuro que otro. Pero ahora otro con él emparentado: enunciar la relación entre la claridad de ciertos matices de color. (Compárese con éste: determinar la relación entre las longitudes de dos varas –y la relación entre dos números.) La forma de las proposiciones en ambos juegos de lenguaje es la misma: "X es más claro que Y". Pero en el primero se trata de una relación externa y la proposición es temporal y en el segundo es una relación interna y la proposición es atemporal.

2. En un cuadro en el que un pedazo de papel blanco obtiene su claridad del cielo azul, el cielo es más claro que el papel blanco. Y sin embargo, en otro sentido el azul es el color más oscuro y el blanco el más claro (Goethe). En la paleta, el blanco es el color más claro.

3. Lichtenberg dice que muy poca gente ha visto alguna vez el blanco puro. ¿Usa, entonces, la mayoría de la gente la palabra de forma equivocada? ¿Y cómo aprendió *el* uso correcto? El construyó un uso ideal a partir del uso ordinario. Y eso no es decir que sea un uso mejor, sino un uso que ha sido refinado de acuerdo con ciertos lineamientos, y en el proceso algo ha sido llevado al extremo.

4. Y, desde luego, una construcción así puede enseñarnos algo acerca del modo como de hecho usamos la palabra.

13. Imagínese un *pueblo* de gente ciega al color, y fácilmente podría haber uno así. Ellos no tendrían los mismos conceptos de color que nosotros. Porque inclusive suponiendo que hablan, *e.g.*, castellano, y por consiguiente, que disponen de todas las palabras castellanas de color, de todos modos las usarían de modo diferente al modo como lo hacemos nosotros y *aprenderían* su uso de modo diferente.

O si ellos tuvieran una lengua extranjera, sería difícil para nosotros traducir sus palabras de color a las nuestras.

14. Pero inclusive si también hubiera gente para la cual fuese natural usar las expresiones "verde-rojizo" o "azul-amarillento" de maneraconsecuente y que exhibieran también habilidades de las que carecemos, aun así no estaríamos forzados a reconocer que ellos ven *colores* que nosotros no vemos. Después de todo, no hay un criterio *comúnmente* aceptado para lo que sea un color, a menos que se trate de uno de nuestros colores.

15.En todo problema filosófico serio, la incertidumbre se extiende hasta las raíces mismas del problema.

Se debe estar siempre preparado para aprender algo *totalmente* nuevo.

19. ¿A qué se debe que algo transparente pueda ser verde, mas no blanco?

La transparencia y los reflejos existen sólo en la dimensión de la profundidad de una imagen visual.

La impresión producida por el medio transparente es la de que algo está *detrás* del medio.



Portada del libro con inéditos de Wittgenstein que Paidós distribuyó en estos días en la Feria del Libro.



Una imagen visual completamente monocromática no puede ser transparente.

20. Algo blanco detrás de un medio transparente coloreado aparece en el color del medio, algo negro aparece negro. De acuerdo con esta regla, el negro sobre un trasfondo blanco tendría que ser visto a través de un medio "blanco transparente" como a través de uno sin color.

25. En el cine a veces se pueden ver los sucesos de la película como si estuvieran detrás de la pantalla y como si ésta fuera transparente, algo así como una vitrina. El vidrio estaría quitándole su color a las cosas y dejando pasar sólo el blanco, el gris y el negro. (Aquí no estamos haciendo física, estamos considerando al blanco y al negro como colores, como lo haríamos con el verde y el rojo.)

–Así, se podría pensar que estamos imaginando una vitrina a la que podríamos llamar blanca y transparente. Y, sin embargo, no nos atrae llamarla de ese modo: ¿Se rompe, pues, la analogía en algún lugar con, *e.g.* la vitrina verde transparente?

26. Tal vez diríamos de una vitrina verde: le da color verde a las cosas que están detrás de ella, sobre todo al blanco que está detrás de ella.

27. Cuando nos las habemos con la lógica, "No se puede imaginar eso" quiere decir: no se sabe qué se debería imaginar aquí.

28. ¿Se diría de mi vitrina ficticia del cine que le da a las cosas que están detrás de ella una coloración blanca?

29. A partir de la regla para la apariencia de cosas coloreadas transparentes que se extrajo del verde, rojo, etc., transparentes, ¡constrúyase la apariencia del blanco transparente! ¿Por qué esto no funciona?

30. Todo medio coloreado oscurece aquello que a través de él se ve, se traga la luz: ahora bien ¿no debería mi vidrio blanco también oscurecer? ¿Y más aún mientras más grueso sea? ¡Sería entonces realmente un vidrio oscuro!

31. *¿Por qué* no se puede imaginar un vidrio blanco transparente,inclusive si en la realidad no lo hay? ¿En dónde se pierde la analogía con el vidrio transparente coloreado?

35. "La luz no tiene color". Si esto es así, lo es en el sentido en que los números no tienen color.

36. Todo lo que *se ve* luminoso no se ve gris. Todo lo gris *se ve* iluminado. 37. Lo que se ve luminoso no se ve gris. Pero ciertamente puede verse blanco.

38. Se podría entonces ver algo *ahora* como débilmente luminoso, *ahora* como gris.

40. Luego el hecho de que no se pueda concebir algo "gris resplandeciente" no pertenece ni a la física ni a la psicología del color.

41. Se puede decir que una sustancia se quema en una llama gris. No conozco, ciertamente, los colores de las llamas de todas las sustancias; ¿por qué entonces no sería eso posible?

60. Imagínese una pintura, cortada en pedazos pequeños, casi monocromáticos, a los que luego se usa como piezas de un rompecabezas. Inclusive si una pieza no es monocromática, no debería indicar ninguna forma espacial, sino que debería aparecer como una mancha de color plana. Sólo junto con las otras piezas se vuelve un pedazo de cielo azul, una sombra, un brillo, transparente u opaco, etc. ¿Nos muestran las piezas individuales los *auténticos colores* de las partes de la pintura?

63. Veo en una fotografía (no en color) a un hombre de cabello oscuro y a un muchacho de cabello rubio y lacio echado hacia atrás, parados enfrente a una clase de torno, hecho en parte de piezas fundidas pintadas de negro y en parte de ejes, engranajes, etc. lisos, y junto a él una reja hecha de un alambre de púas claro. Veo las superficies trabajadas color de hierro, el cabello del muchacho rubio, la reja color de zinc, a pesar de que todo ha quedado representado en tonos más claros y más oscuros del papel fotográfico.

64. ¿Pero realmente veo rubio el cabello en la fotografía? ¿Y qué puede decirse en favor de ello? ¿Qué reacción de quien ve muestra que *ve* el cabello rubio y no simplemente que concluye a partir de los matices de la fotografía que es rubio? Si se me pidiera describir la fotografía lo haría de modo más directo con estas palabras. Si este modo de describirla no sirve, tendría que empezar a buscar otro.